

Gilles Marchand

El soldado desafinado





Seix Barral Biblioteca Formentor

Gilles Marchand

El soldado desafinado

Traducción del francés por
Lydia Vázquez

Título original: *Le Soldat désaccordé*

© Les forges de Vulcain, 2022

Publicado por mediación de Milena Ascione - BOOKSAGENT - Francia

© por la traducción, Lydia Vázquez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-322-4410-0

Depósito legal: B. 18.412-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

No me fui con la flor en el fusil. De hecho, no conozco a nadie que se lo tomara así. La imagen era ciertamente bonita, pero no reflejaba la realidad. No imaginábamos que el conflicto fuera a eternizarse, evidentemente. Nadie podía preverlo. Creíamos que pasaríamos el verano bajo el estandarte tricolor y que volveríamos en otoño con Alsacia y Lorena al hombro. A tiempo de recoger la cosecha, de la vendimia o de seguir apretando tornillos en la fábrica. A decir verdad, esa historia fastidiaba a bastante gente. Teníamos mejores cosas que hacer que ir a darles de mamporros a los vecinos. Sin embargo, sabíamos que llegaría: nos habían preparado bien para esa idea. A fuerza de contarnos que eran nuestros enemigos, acabamos por creérnoslo. Así que, cuando pasaron por Luxemburgo y Bélgica, no había muchos que les encontraran circunstancias atenuantes. Fuimos nu-

merosos los voluntarios para ir a explicarles que eso de invadir países neutrales no se hacía.

Dejamos a nuestras mujeres y a nuestros hijos, quienes los teníamos. Me acuerdo de Anna en el andén de la estación. Sola en medio de sus amigas. Y yo, solo, asomado a la ventanilla de mi pobre vagón, rodeado de varias decenas de cabezas y de quepis. Cantábamos, gritábamos, pero estábamos solos. Son los adioses. Son así. Por mucho que se ponga de decorado a una muchedumbre, esta no puede competir con la soledad.

Si hubiéramos sabido.

De mis camaradas de vagón, ¿cuántos volvieron en 1918?

Los muertos oficiales, los desaparecidos, los mutilados... ¡Menudas pintas habría tenido el vagón de vuelta!

En mi caso, mi destino se selló rápidamente: perdí una mano en otoño de 1914, así que se acabó mi participación en los combates. A pesar de todo, quería ser útil a mis camaradas. Con la estupidez propia de mi juventud, me creía indispensable. Me confiaron distintas misiones relacionadas con el abastecimiento y el transporte. Ya no participaba en los combates pero me encontraba lo bastante cerca como para oler la pólvora. De 1915 a 1918 fui de una punta a otra del país. Chófer aquí, cantinero allá. En todas partes hacía falta un lisiado siempre dispuesto. Afanándome en cualquier tarea con tal de ser útil a mis camaradas, a mi país, a

mi patria. Ese tipo de historias me contaba yo entonces.

Con una mano menos, imposible para mí volver a la vida de antes.

Después de la guerra, un antiguo compañero de armas me presentó a una tal Blanche Maupas. Investigaba acerca del caso de los caporales de Souain y necesitaba a alguien como yo.

Removía cielo y tierra para probar que habían fusilado injustamente a su marido. Pasó en ello casi veinte años. Y, si hubieran hecho falta treinta, habría obrado de igual manera. Un hermoso ejemplo. Apeló a la Liga de los Derechos Humanos, corrió de ministerio en ministerio hasta el Tribunal Supremo. Citas anuladas, solicitudes rechazadas..., pero ella nunca se dio por vencida. El pobre Théophile fue fusilado para dar ejemplo junto con otros tres camaradas por «negarse a cumplir la orden de ataque». Lo que sucedió es que aquello era un caos, que nadie entendía nada de nada, que se bombardeaba y se ametrallaba sin parar, y que la artillería francesa no estaba a la altura de la enemiga.

Blanche Maupas me lo enseñó todo: el método, la abnegación, el sentido del detalle, las redes de información, la importancia de la opinión pública, las diligencias judiciales.

Cada vez que Blanche necesitaba algo, la ayudaba. Estuve a su lado en febrero de 1920, cuando

el Ministerio de Justicia rehusó examinar el dossier. También estuve ahí en marzo de 1922, cuando el Tribunal Supremo rechazó su recurso. Cuando volvió a rechazarlo en 1926, yo estaba ya con el caso Joplain, del que me ocuparía durante más de diez años. No obstante, acudí junto a ella cuando, por fin, los caporales fueron rehabilitados por el Tribunal Militar Central, en 1934. En esa época casi no nos veíamos, pero nos escribíamos de vez en cuando. Hacía ya cierto tiempo que, de forma paralela, yo trabajaba para distintas asociaciones o diferentes comités que obraban en pro de la rehabilitación de los que fueron fusilados ejemplarmente. Y recorría el país para que una familia pudiera encontrar los restos de un soldado que nunca volvió.

Llevaba demasiado tiempo empecinado en el caso Joplain. Ya estaba dando que hablar en ese mundo nuestro tan reducido. Blanche Maupas fue la única que me dijo que tenía razón en empeñarme. Debía continuar. Había envejecido pero parecía más serena que nunca. En aquel momento entendí que no descansaría hasta que resolviera aquel caso.

Algo más de veinte años después, estalló otra guerra. La «última de las últimas» no fue la última. En realidad, yo nunca dejé la guerra. Para mí, empezó en 1914 y sigue hoy. Heridos, muertos, monumentos, conmemoraciones y desfiles. Y todo para volver al punto de partida.

El único medio de rehabilitar a un soldado era aportar un elemento nuevo. No tenía más remedio que cruzar el país de parte a parte haciendo preguntas. Muchas preguntas. Cada vez más preguntas.

Las respuestas no llegaban automáticamente. Los veteranos no siempre eran muy habladores. Pero yo tenía un truco que hacía que confiaran en mí. Mi aire infantil, un poco perdido. Y, además, había hecho la guerra, lo cual era una gran ventaja. No era uno de esos emboscados que se habían buscado un pretexto para quedarse en la retaguardia, y eso se veía. Enseguida entendí que era algo que debía hacer: poner bien en evidencia la ausencia de mi mano izquierda. La mirada del otro no engañaba. Yo añadía:

—Batalla del Marne.

Por supuesto, a veces me soltaban:

—Si no estuviste en Verdún, no te enteraste de la guerra.

Pero, claro, no era culpa mía si me hirieron al principio de las hostilidades.

En resumidas cuentas, éramos compañeros de armas, incluso si no estuvimos en los mismos sitios, incluso si yo no duré tanto tiempo. Me dejé una mano allí, y no todos podían decir lo mismo. Además, veníamos del mismo medio. Puede que yo fuera más locuaz que otros, pero se veía que no venía de familia rica.

Cuando la has catado, la guerra se te queda dentro del cuerpo, pegada a la piel. Puedes vomitarla.

tar, puedes rascarte hasta sangrar, lo que quieras, nunca se irá. Está en ti. Así que volvía una y otra vez. Seguía oliendo a ceniza y a pólvora. Las cruces se extendían hasta el infinito. Y yo seguía investigando, incansablemente. Durante la década de 1920 y buena parte de la de 1930, ejercí ese extraño oficio de investigador.

Algunos vivíamos de eso. Quizá porque no conseguíamos pasar página. O porque deseábamos un poco de justicia después de aquellos años de injusticia. Escuchábamos historias, escuchábamos leyendas.

La Hija de la Luna, oí hablar de ella así:

—Ya no quedaban flores, así que ella hacía ramilletes de obuses.

Esa frase, aún hoy, sigue trotándome en la cabeza.

Es sorprendente ver cómo funciona la memoria. No me acuerdo del nombre del soldado que me habló del ramillete de obuses. Sin embargo, sigo oyendo su voz. Le preguntaba acerca de la ejecución injusta de sus amigos, y lo que él quería contar era la historia de una mujer que apareció la noche siguiente. Como si tuviera que enterrar sus malos recuerdos bajo algo mágico.

—No quedaban árboles, ni animales ni vida. Así que flores, imagínese. Ella iba avanzando en medio de la oscuridad, se agachaba, recogía un casquillo y lo metía en el zurrón que iba golpeándole los muslos a cada paso. No sé cómo se las

arreglaba para que no le dispararan. Se contaba que no podían verla porque la luna solo alumbraba de nuestro lado. Por eso la llamaban «la Hija de la Luna». Había quien afirmaba que solo vivía de noche. Por el día, desaparecía. Se volatilizaba. Nadie sabía cómo llegaba hasta allí. Echaban una ojeada por encima del parapeto y ahí estaba ella.